

ESCENA XIV.

Un claustro de Cartujos.

DON CARLOS Y EL PRIOR.

CARLOS. (Al Prior, al entrar.)—¿Ha estado aquí ya?... Lo siento.

EL PRIOR.—Tres veces desde esta mañana. Se va antes de una hora...

CARLOS.—¿Volverá, sin embargo? ¿No lo ha dicho?

EL PRIOR.—Antes de mediodía, según ha prometido.

DON CARLOS. (Asomándose a una ventana, y mirando.)—Vuestro convento está situado lejos del camino... Allá se ven las torres de Madrid... Todo derecho corre el Manzanares... El paisaje me agrada. Todo es aquí tranquilo y misterioso.

EL PRIOR.—Como la entrada en la otra vida.

CARLOS.—A vuestra honradez, Padre reverendo, confío yo lo más precioso, lo más sagrado que poseo. Ningún mortal ha de saber, ni aun sospechar de la persona, a quien hable yo aquí en secreto. Me asisten razones importantes para ocultar al mundo entero al hombre a quien aguardo. Por eso elegí este convento. ¿Pero estamos así al abrigo de sorpresas y de traidores? ¿Recordáis lo que me jurasteis?

EL PRIOR.—Fiaos, señor, denosotros. Los celos de los Reyes no llegan hasta el punto de registrar también los sepulcros. La curiosidad escucha sólo a las puertas del placer ó de la pasión. El pueblo nuye de estas murallas.

CARLOS.—¿Pensáis, por ventura, que esta previsión y este miedo anuncien una conciencia culpable?

EL PRIOR.—No.

CARLOS.—Os engañaríais, piadoso Padre, os engañaríais verdaderamente. Mi secreto teme al hombre, no á Dios.

EL PRIOR.—Eso, hijo mío, nos inquieta muy poco. Este asilo está abierto al crimen como á la inocencia. Sea su propósito bueno ó malo, justo ó injusto... á ti sólo importa.

CARLOS. (Con fuego.)—Lo que ocultamos no puede ofender á nuestro Dios. Es obra suya propia, y de las más generosas. A la verdad, á vos puedo descubrirla.

EL PRIOR.—¿Con qué objeto? Dispensadme, Príncipe; el mundo y sus móviles están ya sellados hace largo tiempo para el último viaje. ¿Por qué, pues, abrir de nuevo ese arca momentos antes de partir?... ¿Se necesita tan poco para ser dichoso!... La campana nos llama á los oficios. Tengo que rezar. (Vase el Prior.)

ESCENA XV.

DON CARLOS Y EL MARQUÉS DE POSA, que entra.

CARLOS.—¡Ah! por fin, otra vez, por fin...

EL MARQUÉS.—¿Qué tormento para la impaciencia de un amigo! Dos veces ha salido el sol y otras dos se ha puesto, desde que se ha resuelto el destino de mi Carlos. Y ahora, ahora por primera vez voy á saberlo... Dí, ¿os habéis reconciliado?

CARLOS.—¿Quién?

EL MARQUÉS.—Tú y el Rey D. Felipe. Y lo de Flandes, ¿se decidió al cabo?

CARLOS.—¿Que el Duque parta allá mañana?... Está ya decidido, sí.

EL MARQUÉS.—No puede ser; no es así. ¿Vive engañado todo Madrid? Dícese que te recibió en audiencia secreta, y que el Rey...

CARLOS.—Se mostró inflexible. Nos separamos para siempre, y más que antes.

EL MARQUÉS.—¿Y no vas á Flandes?

CARLOS.—¡No, no, no!

EL MARQUÉS.—¡Adiós, esperanzas!

CARLOS.—Dejémoslas á un lado. ¡Oh Rodrigo! Desde que no nos vemos, ¡cuántas cosas me han ocurrido! Ante todo, yo recurro á tus consejos. Debo hablarte...

EL MARQUÉS.—¿Y tu madre?... ¡No!... ¿Para qué?

CARLOS.—Tengo motivos para creer... ¿Palideces? Tranquilízate. He de ser feliz, y lo seré... Pero otra vez trataremos de esto. Imagina ahora cómo podré hablarla...

EL MARQUÉS.—¿Cómo? ¿En qué se funda este nuevo delirio?

CARLOS.—No es delirio. Por las maravillas de Dios, que no lo es... ¡Verdad, verdad (Sacando la carta del Rey á la Princesa de Éboli.) encerrada en este papel importante! Libre es ya la Reina ante los hombres, como ante Dios. Lee, y no te sorprenderás.

EL MARQUÉS. (Abriendo la carta.)—¿Cómo? ¿Qué veo? ¿De puño y letra del Monarca? (Después de leerla.) ¿Para quién es esta carta?

CARLOS.—Para la Princesa de Éboli... Anteayer me entregó un paje de la Reina, de parte de una persona desconocida, una carta y una llave. Se me decía en ella, que, en un gabinete del ala izquierda del Palacio, en donde la Reina habita, me esperaba una dama, á quien yo amaba largo tiempo hace. Obedecí en seguida, y...

EL MARQUÉS.—¿Y fuiste allá, insensato!

CARLOS.—No conozco la letra... aunque sepa bien quién sea esa dama, de quien estoy enamorado. ¿Quién sino ella podría creerse adorada de Carlos? Embriagado de dulce amor vuelo á la cita; un canto divino, que desde lo interior de las habitaciones llegaba á mis oídos, me sirvió de guía... abro la puerta... ¿y á quién veo?... Calcula cuán grande no sería mi horror...

EL MARQUÉS.—¡Oh! Todo lo comprendo.

CARLOS.—Estaba perdido sin remedio, oh Rodrigo, si no hubiera dado en las manos de un ángel guardián. ¿Que fuese esta casualidad! Seducida por la expresión imprudente de mis ojos, creyó este engaño lisonjero, y se conceptuó el ídolo real de mis miradas. Conmovida por el dolor silencioso que devoraba á mi alma, su corazón sensible y magnánimo, dejándose arrastrar de su cándida pasión, resolvió corresponder á la mía. Parecióme que el respeto me obligaba á callar; ella fué bastante osada para romperlo... y abrirme su corazón...

EL MARQUÉS.—¿Y lo cuentas tan tranquilo?... ¿La Princesa de Éboli ha leído en el fondo de tu pecho? Ya no hay duda de que conoce en toda su extensión el secreto de tu amor. Ella domina al Rey.

CARLOS.—(Confiado.)—Es virtuosa.

EL MARQUÉS.—Por servir á su amor... Temo mucho á esa virtud, porque la conozco... ¡Cuán lejos no está del ideal que, brotando del alma como del seno materno, y revestido de gracia tan bella como tranquila, se desarrolla sin obstáculos, y florece pródigamente, sin ayuda ajena! Es una planta exótica, trasplantada del tibio clima meridional á una zona más fría. Llámalo educación, principios, ó como te plazca; es una inocencia, adquirida por astucia, y con terribles combates arrancada á una sangre ardiente, y al cielo, que la fomenta y la paga, atenta y adicta con empeño. Examínala tu mismo: ¿perdonará jamás á la Reina, que

el hombre, menospreciador de su trabajosa y peculiar virtud, se consume en una llama sin esperanza por la esposa de D. Felipe?

CARLOS.—¿Tan bien conoces tú á la Princesa?

EL MARQUÉS.—No, seguramente. Apenas la he visto dos veces. Déjame tan solo decirte dos palabras. Me ha parecido que ella evitaba con esmero la exterioridad desnuda del vicio, y que estaba harto convencida del valor de su virtud. También he visto á la Reina. ¡Oh Carlos! ¡cuán diferente es! En su gloria ingénita y serena, ignorando los cálculos de la conveniencia, á igual distancia de la osadía y de la timidez, atraviesa con paso firme y reposado el sendero estrecho del bien, no sabiendo que fuerza á la adoración, cuando ni aun sueña con sus propios aplausos.

Ve también mi amigo Carlos en este espejo á su Princesa de Éboli?... La Princesa resistió, porque amaba; y el amor era la condición expresa de la existencia de su virtud. No lo has premiado... y sucumbirá.

CARLOS. (Con alguna vivacidad.)—¡NO, NO! (Después de pasearse inquieto.) Te digo que no... ¡Si supieras tú, oh Rodrigo, cuán grave daño haces robando á tu amigo Carlos la más celestial de las felicidades, su fe en la bondad humana!

EL MARQUÉS.—¿Merezco yo acaso esa reconvencción?... No, amigo mío el más querido, por Dios que no era ése mi objeto... ¡Oh! Esa Éboli... si fuese un ángel, y yo hubiera de prosternarme respetuoso, como tú, ante el resplandor de su virtud... no debiera, á pesar de esto, haber conocido tu secreto.

CARLOS.—¡Mira cuán vano es tu temor! ¿Tiene alguna otra prueba, que las que han de llenarla de rubor? ¿Ha de sacrificar su honra al triste placer de su venganza?

EL MARQUÉS.—Algunas, por no ruborizarse, se han deshonrado.

CARLOS. (Levantándose prontamente.)—¡No, eso es harto duro, harto cruel! Es noble y orgullosa; la conozco, y no temo nada. Intentas en vano desvanecer mis esperanzas. Hablaré á mi madre.

EL MARQUÉS.—¿Ahora? ¿Para qué?

CARLOS.—Ya no debo guardar miramiento alguno... Quiero saber lo que decide mi suerte. Encárgate sólo de que yo le hable.

EL MARQUÉS.—¿Y te propones enseñarle esa carta? ¿Te lo propones formalmente?

CARLOS.—No me preguntes más. Ahora el medio, el medio de que le hable.

EL MARQUÉS. (Con intención.)—¿No me has dicho que amas á tu madre?... ¿Y deseas mostrarle esa carta? (Carlos mira al suelo y calla.) Carlos, veo algo en tu semblante... enteramente nuevo para mí... desconocido del todo hasta ahora... ¿Apartas de mí tus ojos? ¿Por qué lo haces? ¿Es verdad?... ¿Si lo habré yo leído bien? Déjame ver... (Carlos le da la carta, y el Marqués la rompe.)

CARLOS.—¿Cómo? ¿Estás loco? (Con emoción disimulada.) Verdaderamente... lo confieso... mucha importancia atribuía yo á esa carta.

EL MARQUÉS.—Así parecía, y por lo mismo la rompo. (El Marqués mira con insistencia al Príncipe, que se muestra indeciso. Larga pausa.) Pero habla... ¿Qué tiene de común con tu... con tu amor la profanación del lecho conyugal del Monarca? ¿Felipe era un peligro para ti? ¿Qué vínculo quieres establecer entre tus esperanzas temerarias, y la violación de los deberes del esposo? ¿Ha faltado, y, al faltar, ha aumentado tu amor? Ahora, sin duda, es cuando empiezo á comprenderte. ¡Oh! ¿Qué mal había yo interpretado hasta ahora tu amor!

CARLOS.—¿Cómo, Rodrigo? ¿Qué crees?

EL MARQUÉS.—¡Oh! Conozco que estaba mal acostum-

brado. Sí, antes era muy distinto. ¡Eras tú entónces tan generoso, tan entusiasta! El mundo entero podía girar holgadamente en tu vasto pecho. Y todo esto se ha desvanecido ante una pasión, todo ha sido devorado por un capricho mezquino, egoísta. Ni una lágrima por el destino funesto de las provincias de Flandes, ni una sola lágrima!... ¡Oh, Carlos! ¡cuán pobre, cuán miserable te has hecho desde que te amas á tí!

CARLOS. (Que se deja caer en una silla, se calla un momento, y después con voz entrecortada por los sollozos.)—Ya sé que no me estimas.

EL MARQUÉS.—No es cierto, Carlos! Entiendo lo que significa esa mudanza: era el extravío de un sentimiento loable. Tuya era la Reina, y el Rey te la robó... Sin embargo, hasta aquí dudabas modestamente de tus derechos. Quizás Felipe era digno de ella. Sólo en voz baja te atreías á formular tu juicio. La carta resolvió la cuestión. Tú fuiste ya el más digno. Con alegría orgullosa contemplaste entonces humillada la suerte del robo y de la tiranía. Te regocijas de ser el ofendido, porque el sufrimiento injusto lisonjea al alma magnánima. No obstante, aquí comienza ya tu extravío. Tu orgullo había sido satisfecho... y tu corazón acarició entonces esperanzas... Ya ves si yo ignoraba que tú mismo no te entendías.

CARLOS. (Conmovido.)—No, Rodrigo; te engañas sobremanera. Mis sentimientos no eran tan nobles, no lo eran, ni con mucho, como tú intentas hacérmelo creer.

EL MARQUÉS.—¿Tan torpe soy yo ahora? Mira, Carlos; cuando tú yerras, busco siempre entre cien virtudes el origen de tu falta. Pero en este momento nos entendemos mejor. ¿No es así? Ahora debes, sí, debes hablar á la Reina...

CARLOS. (Abrazándole.)—¡Oh! ¡Cómo me lleno de rubor á tu lado!

EL MARQUÉS.—Te doy mi palabra de honor. Ahora no me reserves nada. Ocúrreseme un pensamiento extraño, atrevido y feliz... Lo oirás de labios más bellos, Carlos. Voy en seguida á ver á la Reina. Quizás mañana mismo tocaremos el resultado. Hasta tanto, Carlos, no olvides «que un proyecto inspirado por la inteligencia más sublime, que puede aliviar los sufrimientos de la humanidad, aunque mil veces naufrague, jamás ha de ser abandonado...» ¡Oyes? ¡Acuérdate de Flandes!

CARLOS.—Todo, todo lo que tú y la virtud me ordenéis.

EL MARQUÉS. (Acercándose á la ventana.)—Ya es tiempo. Tu séquito se aproxima. (Abrazanse.) Ahora, otra vez Príncipe de la corona y súbdito.

CARLOS.—¿Te encaminas al punto á la ciudad?

EL MARQUÉS.—Inmediatamente.

CARLOS.—¡Detente! ¡Sólo una palabra!... Una noticia de la mayor importancia... «El Rey abre todas las cartas para el Brabante.» ¡Alerta, pues! Los correos del Imperio, según me consta, tienen instrucciones secretas...

EL MARQUÉS.—¿Cómo lo has sabido?

CARLOS.—D. Raimundo de Taxis es mi buen amigo.

EL MARQUÉS. (Después de una pausa.)—¿También esto? Darán por tanto un rodeo por Alemania. (Vanse ambos en dirección opuesta.)